

# perspectiva

**CCOO**  
servicios a la ciudadanía

**“Lo único  
que no es  
lícito es  
resignarse”**







**Dirección:**

Xavier Navarro

**Consejo de redacción:**

Xavier Navarro, Pepe Gálvez, Gina Argemir, Mertxe Paredes, Joan Coscubiela, Juana Olmeda, Manuel Fernández Albano, Javier Jiménez

**Consejo Asesor:**

Manel García Biel, Javier Doz, Ignacio Muro, Juan Laborda, Bruno Estrada, Joan Herrera, Lluís Camprubí, Maite Ojer, Aritz Cirbián, Jaume Bosch, Isàvena Opisso, Javier Tébar, Rosa Sans, Ricard Bellera, Beatriz Ballestín, Lidia Brun, Carlos Tuya, Gemma Lienas, Juan Manuel Tapia, Francisco Rodríguez de Lecea, Alfons Labrador, Amparo Merino Segovia, Belén Cardona Rubert, Gemma Galdón Clavell

**Edición y maquetación:**

Comunicación FSC-CCOO

**Depósito legal:** M-29458-2015





Josep Fontana: “lo único que no es lícito es resignarse”

La muerte de Josep Fontana es una pérdida profunda, global; es la pérdida del profesor, del intelectual comprometido y militante, del magnífico historiador, del marxista con una capacidad inmensa de análisis y síntesis de la realidad, del comprometido con la causa del mundo del trabajo.

Lector incansable con un conocimiento de la historiografía internacional muy por encima de cualquier otro académico de su contexto. Fontana nos introdujo lo mejor de la historiografía marxista británica, dándonos a conocer a Hobsbawn y E.P Thompson, una historiografía que nos ha marcado a muchos y muchas en nuestra formación, conocimiento y aproximación al marxismo.

Fontana siempre mantuvo, hasta el final, su compromiso militante, aunque ya no formaba parte de un partido político (militó en el PSUC desde 1957 hasta los inicios de los 80 y fue impulsor de la revista *Nous Horitzons*). Militante con las posiciones de izquierda, con la causa de la clase trabajadora, amigo de CCOO a los que nos dedicó horas, energía y saber.

Fontana fue un historiador de mirada global y con profundas convicciones de izquierdas. Hace un año nos regaló parte de su tiempo, concediéndonos sus reflexiones y atendiendo a nuestras preguntas sobre el mundo del trabajo y su análisis de la realidad actual. Reflexiones y respuestas que hemos publicado en los vídeos de PERSPECTIVA.

Con este número de PERSPECTIVA queremos rendir homenaje al intelectual, al militante, compañero y amigo Josep Fontana.

*Xavier Navarro*  
*Director*



# Josep Fontana, un historiador comprometido en la lucha por un mundo mejor

**Carme Molinero.** Catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona e investigadora del Centro de Estudios sobre las Épocas Franquista y Democrática (CEFID-UAB)



Josep Fontana y Lázaro (1931-2018) ha sido el historiador catalán más eminente de los últimos cincuenta años y la traducción de algunos de sus libros en varias lenguas le afianzó también como una figura de proyección internacional. La obra de Fontana se apoyó en una sólida formación, en la que pesaron historiadores de referencia en el siglo XX: Ferran Soldevila -que Fontana consideró su primer maestro- y Jaume Vicens Vives, de quien se convirtió en ayudante en la Universidad de Barcelona en los años cincuenta, y que facilitó su acceso a la plaza de assistant lecturer en la Universidad de Liverpool; aquella estancia le permitió entrar en contacto con una bibliografía inaccesible bajo la dictadura franquista. Pero seguramente el historiador que le influyó más profundamente fue Pierre Vilar, con quien estableció una intensa relación y con quien compartía el compromiso con la renovación historiográfica y la vocación de implicación intelectual socio-política.

La obra de Fontana ha influido decisivamente en la formación de buena parte de los historiadores catalanes y españoles desde los años 70 del siglo XX hasta la actualidad a través de tres dimensiones fundamentales: la investigadora, la docente y la editora. La quiebra de la monarquía absoluta (1971) se convirtió en una obra de referencia, que explicaba el derrumbe

del Antiguo Régimen en España tras la pérdida del imperio colonial y comparaba este proceso con los acaecidos en Inglaterra o Francia. También sus trabajos Hacienda y Estado en la Crisis Final del Antiguo Régimen Español (1823-1833), o La crisis del Antiguo Régimen (1808-1833), ambos publicados en la década de los setenta, acabaron por convertirlo en un reconocido especialista en el estudio de la transición del Antiguo Régimen al capitalismo y la formación del mercado peninsular.

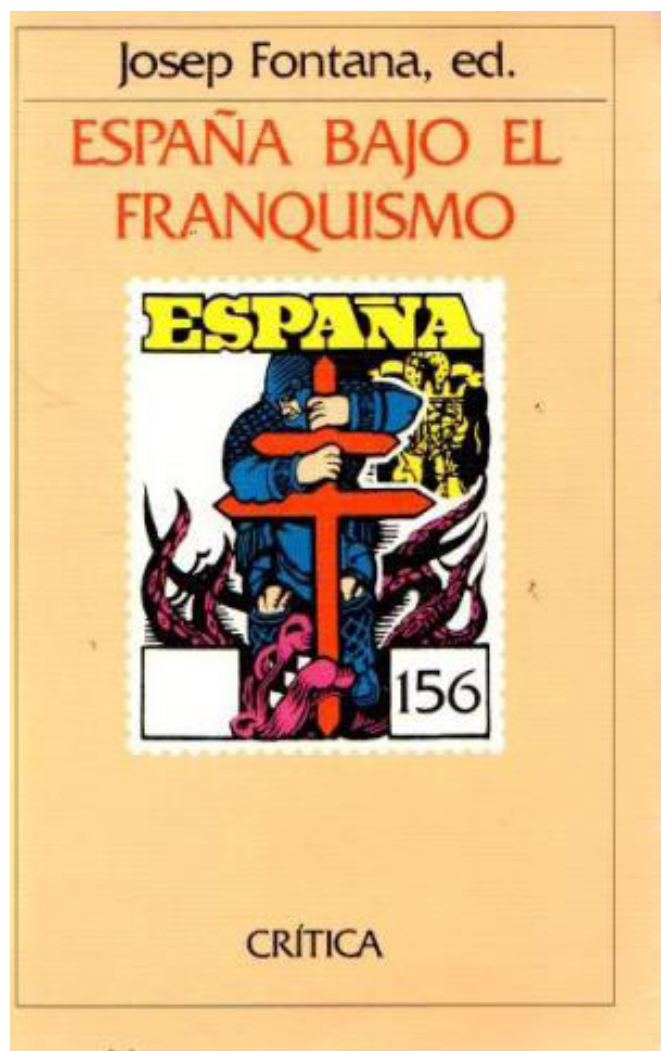
Sin embargo, la influencia de Josep Fontana se extendió particularmente por la atención que siempre mostró hacia la historia como rama científica del conocimiento social. En este ámbito y por el contexto en que se publicó, particularmente tuvo el libro Historia: análisis del pasado y proyecto social (1982), donde se manifiesta la inquietud en pro de la historia total, una preocupación siempre renovada, como se muestra en La Historia de los Hombres (2001). En los últimos años, cuando se hizo evidente que no había llegado el fin de la historia que proclamaba el neoliberalismo, dedicó especial atención a explicar el complejo siglo XX, como hizo en Europa ante el espejo (1994), que fue traducido a 12 idiomas, o El siglo de la Revolución (2017).

Josep Fontana nunca no quiso ser nunca un sabio alejado de la sociedad. De sus amplísimos conocimientos se pudieron beneficiar directamente miles de estudiantes y también muchísimos profesores de Secundaria; para éstos, durante muchos años, colaboró en la organización de cursos de debate historiográfico. Igualmente aceptaba las invitaciones de entidades populares para hacer conferencias porque como se publicó en el momento de su muerte, José Fontana declaraba que “Pertenezco a aquella especie, todavía no extinguida, de los que pensamos que el futuro será de la razón. Pero, dentro de esta especie, soy de la variante que ha aprendido que eso no se conseguirá sin más sino como resultado del trabajo y de la lucha de todos juntos”.

Josep Fontana destacó siempre por su compromiso social, que le llevó a incorporarse al PSUC, ya en 1956, partido en el que militó hasta 1980. Él fue uno de los introductores de las formulaciones teórico-políticas de Antonio Gramsci en la revista *Nous Horitzons* y, a partir de ahí, dentro del PSUC y entre los intelectuales catalanes.

La tercera dimensión de la influencia de Fontana está relacionada con su trabajo editorial desde inicios de los años 70, primero en la editorial Ariel y luego en *Crítica*. Las traducciones que él impulsó permitieron acceder en castellano a trabajos de referencia en la renovación historiográfica -inspirada en buena medida por el marxismo- como los del propio Vilar, Hobsbawm, Thompson, Rudé y tantos otros.

Después de la Segunda Guerra Mundial y, particularmente durante los años 60 y 70, el estudio de la historia estaba alentado por la voluntad de comprender el presente y así poder construir un futuro mejor. Josep Fontana fue uno de los mejores representantes de la historiografía con un intenso compromiso social que, sin ser hegemónica, continúa existiendo en la actualidad. ■





# La aportación gramsciana de Fontana en *Nous* *Horitzons*

**Artículo publicado en Nuestra Historia**  
**José Luis Martín Ramos.** Universitat Autònoma de Barcelona



A finales de la década de los cincuenta el Partit Socialista Unificat de Catalunya, aún padeciendo las recurrentes caídas policiales que seguían golpeándolo (en 1957, 1959, 1962...) había consolidado una organización permanente en el interior que presentaba una importante novedad: por primera vez el partido de los comunistas catalanes estaba presente en el mundo universitario y en el intelectual, en los que hasta la transición fue la fuerza más dinámica y la que mayores iniciativas aportó a la lucha contra la dictadura. Resultado de esa presencia y de la voluntad de hacer de ella la palanca de un cambio histórico en la orientación de la intelectualidad catalana, no sólo en favor de la movilización por la democracia sino en el de su giro de referente hacia el de los intereses de las clases populares, fue la publicación, a ciclostil, de unos *Quaderns de Cultura Catalana*, en 1959, bajo la dirección de Jordi Solé Tura y Manuel Sacristán, a la que Fontana contribuyó proporcionando la imprescindible logística para su impresión[1]. La experiencia fue breve, de manera que a finales de 1960 dejó de publicarse —aunque habría un número póstumo, y extraordinario, dedicado a las huelgas de 1962— pero constituyó un precedente de lo que sería poco tiempo después la revista *Horitzons/Nous Horitzons*; editada legalmente en México por primera vez en 1960, aunque elaborada hasta 1966 por un consejo de redacción en París, directamente supervisado por el Comité Ejecutivo del

PSUC y bajo la responsabilidad inicial de Francesc Vicens. Y no solo precedente de ese hecho material, sino también como ha señalado Giaime Pala la primera señal pública, en 1959, antes de lo que se acostumbra a decir, de la recepción de Gramsci en Cataluña, del que se invoca, sin nombrarlo, «el debido carácter nacional popular», que ese grupo de intelectuales se proponía dar a la cultura catalana[2]. Parece claro que a finales de los cincuenta Fontana, Sacristán y Solé Tura conocían cuando menos algo de la obra del comunista italiano, del que fueron sus introductores en el PSUC y en la cultura catalana.

*Horitzons*, que publicado en México se ve obligado a cambiar su cabecera por *Nous Horitzons* cuando se le concede el registro definitivo, en el primer trimestre de 1962, cuenta desde el comienzo con la colaboración de Josep Fontana, aunque con el seudónimo de Ferran Costa, en ocasiones EC, y es probable que también con algún escrito anónimo. El largo obituario de Vicens Vives, muerto en junio de 1960, incorporado en el primer número de la revista, tiene todos los visos de ser una colaboración del interior y de especialistas, si no solo de Josep Fontana sí con su probable participación; es un obituario que elogia el magisterio docente de Vicens Vives en la universidad, la renovación en el estilo de trabajo del

historiador, su inquietud intelectual, y aún cuando se critican sus «fluctuaciones metodológicas» —difícilmente podía dejar de hacerse ese reproche— se le reconoce como «l'intent més seriós i reixit que s'ha fet fins ara per al coneixement de la nostra realitat històrica»; una mención a Jordi Nadal refuerza la probabilidad de que el texto sea de los historiadores del partido de Barcelona.

En el siguiente número, del primer trimestre de 1961, aparece ya un artículo original firmado por Ferran Costa, «Per a una historia de l'explotació dels treballadors agrícoles»[3], una breve exposición, sobre consulta de archivo, de las condiciones de vida de dos campesinos catalanes, del siglo XVII y XVIII respectivamente, que encabezaba con un poema del comunista búlgaro Nikola Vaptsarov, cuya obra había sido publicada en inglés en 1954 y que Fontana debió conocer durante su estancia en Liverpool, que empezaba con esta estrofa: «Història ensanomenaràs/ als teus vells pergamins?/ Treballavem en fabriques i oficines,/els nostres noms no zona vengaire» y acababa reclamando a la historia, al historiador, ni recompensas ni «retratos», «sinò que contis la nostra historia simplement/a aquells que no veurem/i diguis a aquells que ens reemplaçaran/que lluitarem amb coratge». Vaptsarov murió asesinado por los alemanes en 1942. La selección del poema era la manifestación de la posición combativa que Fontana propugnaba para la historia y para los historiadores. Un año más tarde, en el número de *Nous Horitzons* del tercer y cuarto trimestre de 1962 Ferran Costa publicó un segundo artículo, «La pugna entorn dels delmes a les Corts Catalanes del segle XVI» que empezaba empuñando la espada, esta vez contra los historiadores catalanes del Siglo XIX que sólo habían visto los enfrentamientos entre las Cortes y el Rey, considerados como defensa de «las leyes de la tierra», que habían presentado una sociedad catalana «monolítica sense els conflictes interns de classe que la divideixen»; una visión «parcial i falsa» que, lo que era peor todavía, estaba siendo repetida por la historia posterior, empezando por Soldevila, Carrera Pujal y Joan Reglà. Fontana se proponía un objetivo de largo alcance, rehacer la historia de las Cortes sobre nuevas bases, las del conflicto de clase, con un primer paso solo aparentemente modesto: la historia de cómo la aristocracia —nobles y señores eclesiásticos— habían manipulado las Cortes hasta conseguir que éstas adoptaran una resolución fraudulenta que agravaba las condiciones del pago de diezmos y primicias, a pesar de las protestas del brazo real (villas y ciudades). Fontana acababa con dos conclusiones contundentes: ante la presión feudal el «règim parlamentari»

—lo entrecomillaba él mismo— había sido inoperante, de manera que la legalidad, que exigía el consentimiento de los tres brazos de las Cortes para la aprobación de una acta en firme, había sido violada en beneficio de los intereses de clase feudales; y señalaba —con alguna precipitación— que si entonces la burguesía no había sido suficientemente fuerte para imponerse en la denuncia de esa ilegalidad, «aliada amb la pagesia i amb les classes populars, era ja en oberta lluita contra el clergat i l'aristocràcia». El artículo fue toda una guía de cómo abordar la historia de Cataluña en los siglos XVI-XVIII, que pondría en cuestión hoy no pocos trabajos del modernismo catalán que vuelven por aquella senda de Carrera Pujal y Soldevila, criticada por el autor:

Fontana no prosiguió en la línea de esos primeros estudios publicados en *Nous Horitzons* —manifiestos inequívocos de su orientación como historiador— y, luego de haber defendido su tesis de licenciatura sobre la historia de la Bolsa de Barcelona en el siglo XIX, reorientó su investigación hacia la crisis del Antiguo Régimen y la revolución liberal. Tampoco volvió a publicar en la revista cultural y política del PSUC ningún artículo con tema propio hasta el que motiva esta introducción a su texto sobre «Gramsci i la ciencia històrica». De hecho, no publicó nada hasta que entre 1966 y 1967 participó, junto con Manuel Sacristán y Francesc Vallverdú, en la primera experiencia de un consejo de redacción del interior de *Nous Horitzons* —que no excluía intervenciones, algunas extemporáneas, de la dirección del PSUC en París— al que se incorporaron también Josep Termes, Joan Ramón Capella, Giulia Adinolfi, Josep Ferrer y Xavier Folch[4]. Con ello reanudó también su participación escrita en la revista, siempre con el seudónimo de Ferran Costa, aunque mediante reseñas de libros de historia de la guerra civil, en las que se hizo eco de la reacción del régimen franquista a la publicación de los libros de Hugh Thomas y Soutworth con una nueva oleada de publicística histórica partidaria (nº 9, tercer trimestre de 1967), del libro de Gabriel Jackson (nº 10, segundo trimestre de 1967), de las publicaciones de *Bolloten* —cuya edición prologada por Fraga Iribarne ya comentó en el número 9 de la revista— y Trevor-Roper (nº 14, segundo trimestre de 1968); así como dos comentarios: sobre las memorias de Gil Robles (nº14, «les memòries d'un home de poca memoria»); y la participación de Cambó en apoyo de los sublevados, que Jesús Pabón obviaba en el volumen de la biografía del político catalanista publicada recientemente (nº 18, tercer trimestre de 1969; Fontana incluía como ejemplo una carta de Cambo



manifestando y solicitando ayuda al ejército y al gobierno de Burgos), que fue su última colaboración escrita en la revista. El texto que mayor trascendencia tuvo, no por voluntad suya, fue su reseña del libro de Jackson, elogiosa en términos generales sobre todo comparándola con lo que se había publicado sobre la guerra civil —le reconoció una «imparcialitat excepcional»—, replicado por una desabrida crítica de Teresa Pàmies en el número siguiente de la revista —el 11— reprochando, peregrinamente, a Fontana que «potser no ha llegit tot» y citando como muestras de lo que debía haber leído el libro de la Historia del PCE, dirigido por Dolores Ibarruri, y las memorias de Hidalgo de Cisneros. La bronca de Teresa Pàmies coincidió con la crisis entre el sector de intelectuales del PSUC y la dirección del partido[5] y no cuesta considerar que no debió facilitar la continuidad de la presencia de Fontana en la revista, a la que ya solo aportó las tres notas citadas de 1968 y 1969; por lo demás, la crisis no alteró su compromiso militante con el partido, que mantuvo hasta los ochenta.

Aquel mismo número 11, del tercer trimestre de 1967, incluía un dossier sobre Gramsci, conmemorativo del treinta aniversario de su muerte, compuesto por siete notas de diversos intelectuales —Josep María Castellet, Alexandre Cirici-Pellicer, Joan Fuster, Ernest Lluch, Joaquim Molas, Ricard Salvat y Francesc Vallverdú— y dos artículos: de Manuel Sacristán, «La interpretació de Marx per Gramsci» y el de Josep Fontana. No obstante, el de este último se anunció que se publicaría en el siguiente, como así fue. Desconozco la razón y, como era de esperar, no se dio ninguna en *Nous Horitzons*; aunque el incidente suscitado por la réplica de Teresa Pàmies, miembro del Comité Ejecutivo del PSUC y compañera de su secretario general, pudo haber intervenido de alguna manera en el aplazamiento de un texto de seis páginas —el de Sacristán había sumado diez— cuya inclusión habría llevado el número de páginas de la revista a 74, un cifra inferior a la de algunos ejemplares hasta entonces publicados (los dos anteriores habían sumado 84, la misma cifra que volvió a sumar el posterior, en el que sí se incluyó el texto de Fontana). Sea como fuere, el dossier, como tal, quedó en su momento cojo, aunque no se perdiera finalmente ninguna aportación. Las notas de los intelectuales consultados fueron desiguales, con alguna muestra del conocimiento aún inexacto que se tenía de Gramsci, como la manifestación inicial de Ernest Lluch sobre que su obra solo consideraba temas económicos de manera desigual. Una de ellas, la del valenciano Joan Fuster— cuya inclusión no debió agrandar a la dirección de París —abundaba

en el tópico de que hasta la publicación de la versión catalana de *Literatura y vida nacional* (Einaudi, 1952) con el título de *Cultura i literatura* (Edicions 62) en abril de 1966, traducida y prologada por Jordi Solé Tura, la obra de Gramsci «era ben poc coneguda entre nosaltres»; tópico que, de alguna manera, reafirmaba el propio Solé Tura en el prólogo a *El Príncep modern*, que también tradujo él mismo y fue publicado asimismo por Edicions 62 en septiembre de 1968, sosteniendo que, si bien Gramsci era conocido e incluso asimilado por algunos núcleos intelectuales, «ni aquesta assimilació és massa profunda, ni aquest nuclis son nombrossos i sòlids»[6]. Vayamos por partes. Ya se ha señalado que algo debía ser conocido a finales de los cincuenta, pero además en julio de 1965, antes de *Cultura i literatura* Francesc Vallverdú — como lo recordaba él mismo en el dossier— había escrito en la revista *Serra d'Or*, unas «Notes sobre cultura popular» en la que se hacía eco de Gramsci. En realidad, en Barcelona ya se conocía y se leía, al menos entre la militancia universitaria del PSUC, *Literatura y vida nacional*, traducida al castellano por José Aricó y publicada por Lautaro en 1961, que podía comprarse en el altílo «clandestino» de la Librería de Gras (yo mismo lo hice, en 1966). Y en cuanto a la afirmación de que los núcleos no eran ni numerosos ni sólidos y la asimilación era solo superficial parece formar parte de la confrontación de la época entre Solé Tura, en proceso de construcción de Bandera Roja, y el PSUC, al que menospreciaba de hecho. En realidad, la publicación misma del dossier sobre Gramsci en el verano de 1967 era una muestra de la influencia que Gramsci estaba empezando a tener en la militancia intelectual y universitaria del partido y entre sus cuadros dirigentes. Un detalle más, no solo influencia de Gramsci, sino los primeros ecos del comunismo italiano, cuya polémica entre Ingrao y Labriola, en 1966, tras la muerte de Togliatti, formó parte del argumentario del proceso de radicalización del comité de estudiantes del PSUC; que se asimilara o no profundamente no dejaba de ser un juicio de valor de Solé Tura, que después tuvo que oír —también injustamente— que era él quien reducía Gramsci a sus consideraciones tácticas, como lo de la correlación de fuerzas o la distinción entre guerra de movimientos o guerra de trincheras.

El artículo de Fontana —el único que firmó con su propio nombre, dado el carácter público que tenía el dossier— es un texto condensado, con abundantes citas de Gramsci, algunas extensas, que confirma su capacidad para expresarse con claridad —si se quiere su voluntad de escribir para el lector—

y su conocimiento de la obra de Gramsci, en los términos en los que en la época era posible. Ya, de entrada, la cita de la carta a Delio es una muestra de ese conocimiento y del toque emotivo frecuente en Fontana. En las seis páginas que ocupan se citan siete publicaciones de Gramsci, al hilo de lo que Fontana quiere presentar como su principal aportación a la concepción de la historia y al oficio de historiar; seis de ellas son italianas y, significativamente, la edición de *Notas sobre Maquiavelo* es la versión castellana publicada por Lautaro en 1962 —quién sabe si también obtenida en el chiringuito de Gras—, muestra de que cita los libros que maneja. Es un texto que mantiene su vigencia sin que el desarrollo de los estudios gramscianos lo haya avejentado. Para empezar, le toma la palabra al propio Gramsci, cuando propone cómo aproximarse a Marx, postulando que hay que hacerlo de la misma manera, considerándolo en su conjunto, teniendo en cuenta «el ritmo del pensamiento en desarrollo», algo que podemos leer también como una de las máximas en los estudios «gramscianos» recientes de Cospito (*Il ritmo del pensiero. Per una lettura diacronica dei «Quaderni di carcere» di Gramsci*, 2011) o de D'Orsi (*Gramsci. Una nuova biografia*, 2017). Una lectura de Gramsci que no puede reducirse a la consulta de una antología —Fontana sugiere más bien su desconfianza hacia el género— que ha de considerar el conjunto de una obra, que además de compleja está inacabada; a lo que, añadido yo, ha de tener en cuenta también su trayectoria militante, porque el pensamiento de Gramsci está también y de qué manera en su acción política revolucionaria y es por ello irreductible a un giro socioliberal o a la manipulación que últimamente han llegado a pretender elementos de la extrema derecha con su pretensión de adueñarse del término «hegemonía».

Había de ser un texto breve y Fontana pone un foco en el rechazo de Gramsci al economicismo, al esquematismo, al absurdo de querer elaborar la realidad según la teoría y no al revés, a la deformación vulgar del materialismo histórico como un recetario cientifista, con momentos de impacto por parte de Fontana como cuando apela «al sentit del matís i el detall» en Gramsci; y el otro en algunos de los principios propositivos de Gramsci, que podían en aquel momento tener mayor trascendencia para la acción historiográfica y política de sus lectores —los de Fontana—: la consideración de la estructura y la superestructura como una unidad, un «bloque histórico», la formación de las voluntades/conciencias colectivas y los mecanismos a través de ella de dominio de clase, y la apelación no a la imposible adivinación del futuro sino a su «previsión» por el esfuerzo en la manera práctica de crear esa voluntad colectiva, es decir el rechazo del fatalismo y la consideración de la necesidad y el sentido de la lucha. Por eso Fontana acaba con una de las imágenes literarias excelentes de Gramsci: «el historiador es un político, y en este sentido la historia es siempre historia contemporánea, es decir, política». La única objeción a hacer a este breve artículo es que no se publicara incluido en el dossier colectivo, completando el objetivo de éste; pero eso es harina de un costal que más que probablemente ya no sabremos cómo se metió en él. ■



# Gramsci y la ciencia histórica\*

**Artículo publicado en Nuestra Historia**  
**Josep Fontana i Lázaro. (1931-2018)**



La preocupación de Gramsci por los problemas de teoría de la historia es un hecho bastante conocido, que puede advertirse con sólo una ojeada superficial a sus Quaderni del carcere, donde ocupan una extensión considerable. Incluso encontramos este interés en la última carta escrita a su hijo Delio: «Me parece que la historia te gusta, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque concierne a los hombres vivos, y todo lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre sí en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede dejar de gustarte por encima de cualquier otra cosa» [1].

Pero el estudio sistemático de las aportaciones de Gramsci al desarrollo de la teoría marxista de la historia no ha sido aún hecha, y no será una tarea ligera. El mismo Gramsci nos ha dejado un programa de trabajo para esta investigación, al indicarnos las cautelas con las que convendría emprender un estudio del pensamiento de Marx, es decir, de un pensamiento que no ha sido expuesto sistemáticamente por su autor, y «cuya coherencia ha de centrarse, no en los escritos individuales o en una serie de escritos, sino en el desarrollo global de un trabajo intelectual diverso, en el que los elementos

de su concepción del mundo son implícitos». Para realizar este estudio será necesario reconstruir la biografía intelectual del autor, «para identificar los elementos que devienen estables y ‘permanentes’, es decir, que han sido asumidos como pensamiento propio, distinto y superior al ‘material’ precedentemente estudiado y que ha servido de estímulo; sólo estos elementos son momentos esenciales del proceso de desarrollo». Será menester, pues, satisfacer «el leitmotiv, el ritmo del pensamiento en desarrollo», por encima de «las simples afirmaciones casuales y los aforismos aislados»; y, sobre todo, deberemos proceder con sumo cuidado respeto a las obras no publicadas en vida del propio autor, ya que debemos considerarlas como material aún en elaboración, aún provisional, parte del cual podría haber sido refutado en última instancia [2].

El punto de partido de las reflexiones de Gramsci sobre la teoría marxista de la historia es la lucha contra la esquematización del materialismo histórico iniciada por Plejánov y completada por Bujarin[3], y contra la tendencia de convertir los principios metodológicos expuestos por Marx y por Engels en meras fórmulas verbales, casi litúrgicas, que no se utilizan como instrumental analítico para llegar a una explicación, sino que

son simplemente enunciadas, como si fueran una explicación. Pocas cuestiones habrán motivado más líneas en los Quaderni que el rechazo del economicismo histórico, del mecanicismo vulgar que busca una explicación inmediata de todos los hechos políticos e ideológicos en unas causas económicas. Gramsci señala la necesidad de distinguir entre aquellas modificaciones económicas que atañen profundamente a la propia estructura, que son «relativamente permanentes» (es decir, que operan a largo plazo) y afectan a los intereses de clases sociales enteras, de lo que son simples variaciones ocasionales (coyunturales), que no modifican la estructura en forma decisiva y no afectan más que a los intereses de un pequeño grupo humano. El determinismo postulado por el materialismo histórico es el que hace referencia a las variaciones «orgánicas» que afectan profundamente la estructura y tienen consecuencias importantes para la lucha de clases, y no el de las razones económicas inmediatas y coyunturales de la lucha de grupos, que caen dentro del terreno de la historia política tradicional [4]. Solamente para las primeras puede tener sentido la afirmación de Marx según la cual los hombres toman consciencia en el terreno de las ideologías de los conflictos que se manifiestan en la estructura económica.

Pero la mera negación de un determinismo económico a corto plazo no pasaría de ser una fórmula más, de contenido distinto a aquellas que se va a combatir, si no se tradujera en un intento de estudiar efectivamente los nexos que unen estructura y superestructura, su funcionamiento y su articulación. Para Gramsci la estructura no es un mero concepto especulativo, sino una entidad concreta y real que puede ser analizada con los métodos de las ciencias naturales; pero su estudio no puede hacerse separadamente del de las superestructuras, sino conjuntamente: «La estructura y las superestructuras forman un bloque histórico, esto es: el conjunto complejo, contradictorio y discordante de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción» [5]. El análisis de esta relación debe hacerse teniendo en cuenta las dos afirmaciones de Marx en el prefacio de la Crítica de la economía política [6]: 1) la humanidad no se plantea más que aquellas tareas para cuya resolución existen ya, o están apareciendo, las condiciones materiales necesarias; 2) una formación social no muere hasta que no haya desarrollado las fuerzas productivas en la medida que este desarrollo es posible dentro de su marco, y hasta que no hayan tomado su lugar nuevas y más elevadas relaciones de producción. «Solamente

en este terreno puede ser eliminado todo mecanicismo y todo rastro de milagro supersticioso, puede plantearse el problema de la formación de los grupos políticos activos y, en última instancia, incluso el problema de la función de las grandes personalidades en la historia» [7]. Este planteamiento es reemprendido y profundizado en otra ocasión. «Analizar la proposición 'la sociedad no se plantea problemas para cuya solución no existen ya las premisas materiales'. De ella depende, en forma inmediata, el problema de la formación de una voluntad colectiva. Analizar de forma crítica el significado de esta proposición; es necesario precisamente investigar cómo se forman las voluntades colectivas permanentes, y cómo estas voluntades se proponen fines concretos inmediatos y mediados, es decir, una línea de acción colectiva [...]. Se podría estudiar en concreto la formación de un movimiento histórico colectivo, analizarlo en todas sus fases moleculares, cosa que no se hace habitualmente, porque eso haría muy pesado el análisis. Se toman, en cambio, las corrientes de opinión ya constituidos en torno a un grupo o una personalidad dominante. Es el problema que modernamente se expresa en términos de partidos o de coaliciones de partidos afines: cómo se inicia la constitución de un partido, cómo se desarrolla su fuerza organizada y su influencia social, etc. Se trata de un proceso molecular, minucioso, de análisis extremo, capilar, cuya documentación es constituida por una cantidad interminable de libros, de folletines, de artículos de revista y de diario, de conversaciones y de debates orales que se repiten infinidad de veces y que en su enorme conjunto representan este lento trabajo del cual nace una voluntad colectiva con un cierto grado de homogeneidad, con el grado necesario y suficiente para determinar una acción coordinada y simultánea en el tiempo y en el espacio geográfico donde se verifica el hecho histórico» [8].

Como puede verse, estamos bien lejos de los planteamientos lineales que se limitan a un análisis esquemático de unos hechos globales, y que hablan de las clases sociales como de conjuntos que se suponen homogéneos por definición y a los cuales se atribuyen unas ideologías coherentes, adquiridas no se sabe de qué misteriosa y mágica manera. Gramsci es perfectamente consciente (casi diríamos, angustiosamente consciente) de los matices. Sabe que la evolución de una sociedad no es global ni simultánea. «La vida no se desarrolla homogéneamente; se desarrolla por avances parciales, de punta; se desarrolla, por decirlo así, en forma piramidal» [9]. Si



el conjunto de las relaciones sociales es contradictorio, lo será también la conciencia de los hombres, y esta contradicción «se manifiesta en la totalidad del cuerpo social, con la existencia de conciencias históricas de grupo (con la existencia de estratificaciones correspondientes a diversas fases del desarrollo histórico de la civilización y con antítesis entre los grupos que corresponden a un mismo nivel histórico), y se manifiesta en los individuos aislados como reflejo de esta disgregación vertical y horizontal»[10]. De aquí, por ejemplo, que se plantee el problema de la formación de una conciencia en las clases subalternas o la peculiaridad de los intelectuales, cuyas relaciones con el mundo de la producción «no son inmediatas, como ocurre para los grupos sociales fundamentales, sino mediadas, en diverso grado, a través de todo el tejido social, del complejo de las superestructuras» [11].

El sentido del matiz y del detalle, la voluntad de investigar, cómo se van produciendo molecularmente unas transformaciones que, si tratáramos de explicarlas cuando afloran a la superficie (cuando «estallan» en acontecimientos de amplio alcance) resultarían difícilmente inteligibles, son llevados por Gramsci al extremo. El investigador es advertido de la necesidad de buscar la comprensión de la realidad precisamente en el matiz y no en la esquematización de unas líneas generales. «La realidad es rica en las combinaciones más extrañas, y es el teórico quien debe reencontrar la prueba decisiva de su teoría en esta misma extrañeza, traducir en lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no, viceversa, la realidad la que ha de presentarse según el esquema abstracto» [12].

Pero al examinar las aportaciones que Gramsci hace en la profundización de la teoría marxista de la historia, conviene no caer en el error de considerarlas como un sistema completo y estructurado. En un estudio global sería necesario comenzar por el examen de las transformaciones de la estructura, que constituye el terreno de trabajo de la historia económica. Deberíamos pasar luego al examen de la forma en que estos cambios en la estructura de la producción (y, en segundo lugar, las incidencias coyunturales) afectan a las diversas clases que componen una sociedad determinada (estudio que ha sido modélico hecho por Labrousse respecto al siglo XVIII francés) [13]. Gramsci no se ocupa apenas de estas fases de investigación, sino que parte de la suposición de que ya nos son conocidas, para examinar con profundidad una tercera etapa: la que nos muestra cómo unas relaciones de producción

ya analizadas llevan a la configuración de unas ideologías y de unos programas políticos.

Gramsci empieza por examinar los mecanismos por los cuales una clase ejerce un dominio sobre el conjunto del Estado y de la sociedad y se asegura el consenso de las otras. Un consenso que no es explicable por el mero hecho de disponer de las fuerzas de coerción, sino que se basa en gran medida en haber conseguido convertir lo que es una ideología de grupo (articulada sobre las propias necesidades de crecimiento) en un conjunto de verdades supuestas naturales y universalmente válidas; y esto no por un engaño, sino por el hecho que, al menos inicialmente, corresponde a las necesidades objetivas de desarrollo de la economía y de la sociedad en que son formuladas. Pero, así que el paso del tiempo y el progreso de las fuerzas productivas van dejando retrasados los principios en que se basa esta sociedad (y las relaciones de producción vigentes en ella), la hegemonía se agrieta, las clases hasta entonces subalternas toman conciencia de sus intereses particulares y de las contradicciones que los enfrentan a los grupos sociales que dominan los resortes del estado; se dan cuenta que los principios y las relaciones que hasta ahora han pasado por universalmente válidos comienzan a dejar de parecerlos, y formulan gradualmente unos nuevos principios que han de permitir avanzar hacia una nueva etapa de crecimiento, con una nueva situación de hegemonía y unas nuevas relaciones de producción.

Gramsci ha hecho en diversas ocasiones la exposición de este proceso. Una de las más interesantes la constituyen sus «Apuntes sobre la historia de las clases subalternas»; [14] otra formulación, más amplia y precisa, se encuentra en el curso de la explicación de las distintas fases de una «relación de fuerzas», en hablarnos de los «momentos» de la formación de una conciencia política colectiva:


*«Lo primero y más elemental es lo económico-corporativo: un comerciante siente que debe ser solidario con otro comerciante, un fabricante con otro fabricante, etc., pero el comerciante no se considera todavía solidario con el fabricante; es decir, se siente la unidad hegemónica del grupo profesional y el deber de organizarla, pero no se siente todavía la unidad con el grupo social más amplio. Un segundo momento es aquel en que se consigue la conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero todavía dentro*

del campo meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo en el terreno de ganar una igualdad político-jurídica con los grupos dominantes, reivindicando el derecho a participar en la legislación y en la administración, e incluso a modificarla y reformarla, pero dentro de los cuadros fundamentales existentes. Un tercer momento es aquel en que se consigue la conciencia que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites de la corporación, de un grupo puramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, la que señala nítidamente el paso de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas; es la fase en que las ideologías ya existentes se transforman en partido, se conforman y entran en lucha hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a imponerse y a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones entorno de las cuales la lucha es candente, no solamente en un plano corporativo, sino en un plano universal, y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. El Estado es entendido como un organismo propio de un grupo destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo; pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías nacionales. El grupo dominante está coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es entendida como una formación y una superación continua de equilibrios inestables (dentro del ámbito de la ley) entre los intereses de los grupos fundamentales y el de los grupos subordinados, equilibrios donde los intereses del grupo dominante se imponen hasta un cierto punto, es decir, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo».

«En la historia real estos momentos se influyen recíprocamente, en forma horizontal y vertical, es decir: según

las actividades económicas sociales (horizontales) y según los territorios (verticales), combinándose y escindiéndose de diversas maneras; cada una de estas combinaciones puede ser representada por la propia expresión organizada, económica y política. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que estas relaciones internas de un estado-nación se conforman con las relaciones internacionales, la cual crea nuevas combinaciones originales e históricamente concretas. Una ideología nacida en un país muy desarrollado se difunde en países menos desarrollados, incidiendo en el juego local de las combinaciones» [15].

El alcance y extensión de un artículo como este no permite proseguir esta profundización del estudio de los nexos que ligan la estructura y las superestructuras (en sus dos planos que corresponden al Estado y la sociedad civil), la economía y la formación de las ideologías (es decir, el terreno en el que se formula la lucha de clases). Pero resulta evidente que los historiadores pueden sacar lecciones metodológicas muy útiles, y estímulos para ulteriores enriquecimientos del método, en un estudio en profundidad del pensamiento de Gramsci en torno a la teoría de la historia. Con todo, este estudio no puede de ninguna manera reducirse a una mera antología de textos, sino que ha de explicarse coherentemente el nacimiento y el desarrollo de unas formas de pensar, relacionándolas con las influencias que han estimulado su formación (Croce, Sorel, etc.) y verificándolas constantemente sobre los análisis concretos de situaciones reales efectuadas por Gramsci [16]. La tarea puede que no sea sencilla, pero valdrá la pena hacerla, pues resultará de una extraordinaria utilidad para arrinconar definitivamente unas formulaciones primarias y litúrgicas del materialismo histórico, que invocan a Marx pero no se sirven adecuadamente de él.

No quisiéramos acabar estas líneas sin al menos mencionar de pasada un aspecto concreto de las consecuencias que comporta este rechazo del mecanicismo económico. 



# Josep Fontana (de clase y nacional) de CCOO

**Andreu Mayayo y Artal.** Catedrático de Historia Contemporánea y Mundo Actual de la Universitat de Barcelona y director del Centro de Estudios Históricos Internacionales-Pabellón de la República. Director de Siglo XX. Viquipèdia



Josep Fontana y Lázaro (Barcelona, 1931-2018) nació en la librería de una familia catalanista y de izquierdas de la calle de la Paja, en el ombligo del barrio Gótico, y ha sido el historiador catalán más influyente en la historiografía española y de más proyección internacional. Alfabetizado a través de la letra impresa, Fontana era una biblioteca ambulante en la triple dimensión de lector, editor y escritor, y un militante de la Historia, a la que se dedicó en cuerpo y alma, convencido que era una arma, en manos de los sectores populares, cargada de razones por el futuro. La Historia alecciona pero no tiene alumnos, sentenciaba Antonio Gramsci, Aun así, en el caso de Fontana, dejó un montón de discípulos y de lectores agradecidos.

Fontana reivindicó siempre la maestría de Ferran Soldevila (la catalanidad), de Jaume Vicens i Vives (la renovación historiográfica de los Annales y el compromiso cívico) y de Pierre Vilar (la filosofía de la praxis, el marxismo). El historiador francés había dejado atrás el esquematismo simplista del concepto de Historia de Marx recuperando el espíritu de los manuscritos de juventud. Mientras en la filosofía las ideas van del cielo a la tierra en la Historia hay que empezar por la vida real de los hombres para averiguar sus pensamientos. Toda

vida social, decía Marx, es esencialmente práctica. La Historia se fundamenta en los hechos y no en los relatos, a pesar de que la interpretación sea bien libre. Este será el hilo conductor de Fontana en sus clases magistrales, en sus conferencias de reciclaje de los profesores de secundaria y en sus libros que reflexionaba sobre el oficio del historiador como por ejemplo Historia: análisis del pasado y proyecto social (1982), La historia después de la fin de la historia (1992) e Historia de los hombres (2000).

Su lectorado en Liverpool, en curso 1956-57, le permitirá acceder a una bibliografía inimaginable en la España franquista y, sobre todo, conectar con el Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico reunidos en la revista Past and Present, liderados por Eric Hobsbawm. Fontana sería, a través de su amigo y editor Gonzalo Pontón, el principal introductor del marxismo británico a nuestro país. De vuelta de Liverpool, tomó Partido y, con el nombre de militancia de Rosell, se incorporaba a la célula de intelectuales del PSUC. Para Fontana los derechos sociales y los derechos nacionales de Cataluña iban de brazo y el PSUC, y más adelante Comisiones Obreras, era la organización, de clase y nacional, que mejor lo representaba.

# LA CRISI COM A TRIOMF DEL CAPITALISME

## Anàlisi del passat i perspectives marxistes

**JOSEP FONTANA**


Presentació: ANTONI FURIÓ

3i4



El año 1980 dejó atrás 23 años de militancia política a pesar de que continuó apoyando en público (y crítico, por supuesto) al PSUC e ICV. El año 2012 todavía encabezaba el manifiesto de apoyo electoral a Joan Herrera en las elecciones al Parlamento. Así mismo, Fontana mantuvo siempre un estrecho vínculo con CCOO y nunca tuvo un no para participar en las múltiples actividades de la Fundación Cipriano García. Quizás para dejar bien claro su posicionamiento político, ante los intentos de apropiación de la agit-prop independentista, aceptó, por primera vez, figurar en un candidatura de Barcelona en común en las elecciones municipales de 2015.

Fontana no hacía ascos a la independencia, sobretodo, sin costes sociales, pero no soportaba la hoja de ruta del “todo o nada” y del “ahora o nunca”. Fontana no cayó en la trampa de las elecciones plebiscitarias y menos de la unilateralidad contra España y sin la complicidad de la Unión Europea. Sabía, mejor que nadie, que las secesiones sin acuerdo acontecían un baile de bastones. Por eso no firmó el manifiesto de ex-militantes del PSUC, ICV y PSC, que pedían el voto por las candidaturas independentistas.

Fontana nos aleccionó a ser críticos con el poder establecido y aprender de las derrotas para poder ganar algún día. Tal como nos lo recuerda Bertold Brecht en los últimos versos del poema que tenía colgado en su despacho: “De pie quien esté abatido/ Quién se sienta perdido, que luche/ Quién podrá parar a quién conozca la verdad?/ Así que los vencidos de hoy son los vencedores de mañana/ y el nunca acontece hoy mismo.”. Con la música de Bob Dylan: los tiempos están cambiando. 





# Fontana, el facilitador

**Paola Lo Cascio.** Historiadora y politóloga italiana. Se doctoró en Historia Contemporánea por la Universitat de Barcelona y se licenció en Ciencias Políticas en la Universidad de La Sapienza, pasando a ser profesora de ERAM y del Departamento de Historia Contemporánea de la UB



La muerte de Josep Fontana ha conmocionado no solo el mundo académico, sino que ha sido vívida como una pérdida por el conjunto de la sociedad. Ello se debe a muchos factores, sin ir más lejos, a su inquebrantable compromiso con la lucha antifranquista como militante del PSUC desde 1957 y hasta 1980. Pero más allá de esto, se debe a la manera en que se planteó y practicó el oficio de historiador.

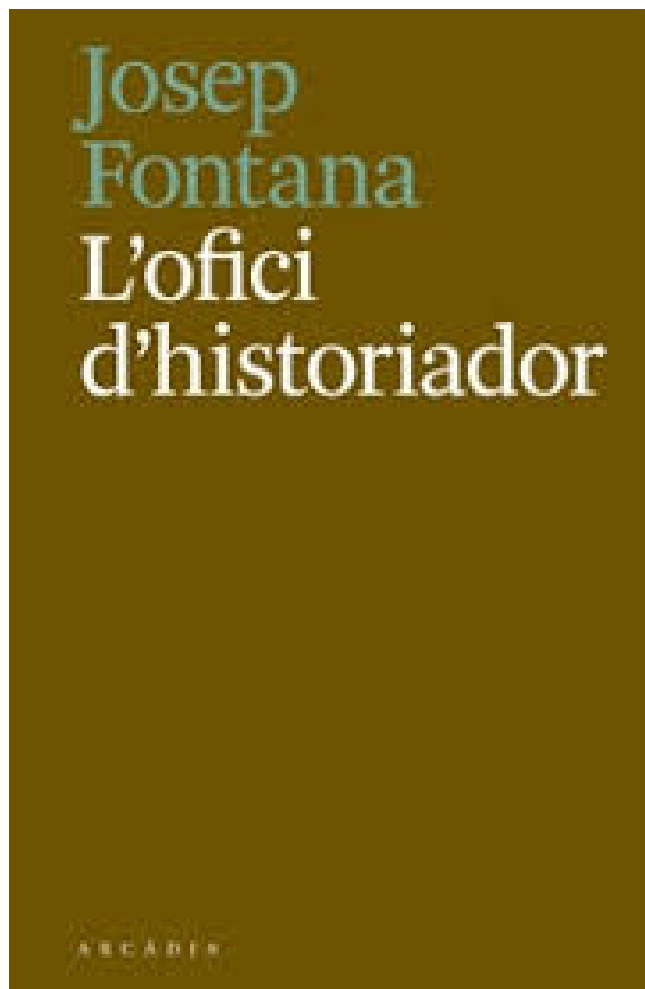
Nacido en 1931, en una Barcelona que justo acababa de ver la proclamación de la II República del balcón de la Plaza Sant Jaume, sus primeros recuerdos están vinculados a la guerra, y especialmente a los terribles bombardeos a la que fue sometida la capital catalana. Hijo de un librero de viejo, atravesó el túnel de los años 40 practicando una de las actividades que más le caracterizó a lo largo de toda su vida: la lectura. Fue la lectura que le llevó a cursar la carrera de Filosofía y Letras en la Universitat de Barcelona, y, años más tarde a culminar sus estudios doctorales en 1970.

Cuando empezó a investigar a escribir –después de haber podido formarse, en parte clandestinamente, con figuras como Ferran Soldevila, Pierre Vilar y Jaume Vicens Vives–, lo hizo sobre el siglo XIX español y desde la perspectiva de

la historia económica. Los libros *La quiebra de la monarquía absoluta* (Crítica, 1971) y *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX* (Ariel, 1983), todavía hoy representan una de las más sofisticadas y completas análisis en torno a los cambios estructurales a partir de los cuales se forjó la que conocemos como España contemporánea. Sólo más tarde –prácticamente al final de su carrera académica, ya en la Universidad Pompeu Fabra, después de haber pasado por las universidades de Barcelona, de Valencia y a la UAB–, se aventuró a analizar el siglo XX. Lo hizo aceptando un reto que sólo pueden aceptar los grandes historiadores: confrontándose con la historia global, lanzándose al análisis de procesos geográfica, cronológica, y temáticamente amplios. De esa tan escasa (al menos en la historiografía española), arriesgada y, a la vez necesaria apuesta, nacen volúmenes importantes como *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945* (pasado y Presente, 2011) o su último ensayo *El siglo de la revolución: una historia del mundo de 1914 a 2017* (Crítica, 2017).

Sin embargo, Josep Fontana no pudo, y sobre todo no quiso –afortunadamente–, plantearse el oficio de historiador como una tarea individual, aséptica y, sobre todo, limitada a las paredes de los edificios universitarios. Quizás por su origen de

hijo de librero, quizás por si innata curiosidad, seguramente por su compromiso cultural y político, entendió pronto que leer y, sobre todo facilitar que pudieran leer otros a los grandes libros de la historiografía internacional era, a la vez, una tarea imprescindible de su profesión y una forma de contribuir de forma efectiva a la lucha por la democracia (y, dicho sea de paso, por la inteligencia). Tenía un conocimiento de la historiografía internacional que rebasaba y de mucho, el de cualquier otro académico de su contexto y de la mano del amigo inseparable Gonzalo Pontón, introdujo a través de la editorial Crítica el grueso de la historiografía marxista británica a finales de los años 70. Hobsbawm y, sobre todo E.P Thompson –los dos gigantes de la historiografía británica (y mundial) de la contemporaneidad- llegaron aquí gracias a un Fontana convencido de que la academia y el conjunto de la sociedad en que vivía tenían todo el derecho de estar enterados de los grandes debates historiográficos que se estaban dando en el resto del mundo, como una forma en definitiva de colmar el atraso y el aislamiento en que el régimen había condenado generaciones de españoles. Fontana fue el gran facilitador de la llegada de una historiografía (los citados, pero también Mary Beard, David S. Landes o su maestro Pierre Vilar) que marcaría de manera clara la formación de generaciones de académicos, y que abriría la puerta a la introducción de temas, enfoques, debates y paradigmas de interpretaciones inéditos en el panorama de aquella España que salía del Franquismo. En este sentido, prácticamente nadie de los historiadores que han protagonizado la recuperación de la universidad española después del franquismo puede definirse ajeno a la influencia de Josep Fontana, aunque sea desde posiciones interpretativas e ideológicas lejanas de las suyas. ■





# Josep Fontana y la enseñanza de la Historia. Notas para una introducción

**José Gómez Alén.** Historiador, Fundación de Investigaciones Marxistas



Finalizando el pasado mes de agosto, conocíamos el fallecimiento de Josep Fontana y una sucesión de obituarios y notas necrológicas, con la espontaneidad e inmediatez que demandaba la noticia, se aproximaban a la obra del historiador catalán. Los medios de comunicación recogían textos de historiadores que, desde diversas comunidades autónomas, abordaban las líneas de trabajo transitadas por el profesor Fontana durante los últimos sesenta años. En unos casos se destacaba su aportación a la renovación historiográfica española del siglo XIX desde su libro *La quiebra de la monarquía absoluta*. En otros la atención se fijaba en la amplitud temática abarcada en sus obras sobre el siglo XX y la crisis de la primera década del siglo XXI o apuntaban rasgos analíticos sobre sus aportaciones a la teoría de la Historia y su participación en debates historiográficos diversos. Alguno también mediaba en cierta polémica desencadenada por la utilización que el nacionalismo catalán o español había realizado de la posición del profesor Fontana que, en el fragor de las confrontaciones políticas del presente, se había tergiversado.

Otros destacaron su papel como editor al frente de las secciones de historia de *Ariel* primero o de *Crítica* después. Su trabajo en el campo editorial contribuyó a la renovación de nuestro

conocimiento historiográfico familiarizándonos desde los años sesenta del siglo XX, con la obra de Pierre Vilar, A. Soboul, la de británicos como E.P Thompson, E. Hobsbawm, R. Hilton o M. Berg y la de autores tan diversos como Lubrinskaya, M. Kossok o Ranahit Guha. Una labor, siempre reconocida que complementaría con el apoyo a los jóvenes historiadores que iniciaban sus carreras profesionales a comienzos de los años setenta. Los más de 150 prólogos realizados son una evidencia incontestable de ese trabajo editorial. No ha sido pocos, también, los que se refirieron a su sentido de la amistad o a la enorme generosidad con que atendió a alumnos y profesores ante cualquier demanda de información o sugerencias, algo que personalmente puedo testimoniar en numerosas ocasiones a lo largo de más de dos décadas. Todos estos aspectos fueron igualmente recordados en el Congreso *Pensar con Marx Hoy*, (Universidad Complutense de Madrid) en el que la sección de historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas dedicó una sesión de homenaje para conmemorar los rasgos esenciales de la obra de Josep Fontana, algo que tendrá continuidad en la revista *Nuestra Historia*.

La magnitud de su obra a buen seguro merecerá en algún momento un estudio global, que hoy aún está por hacer,

pero mientras llega podemos apuntar algunas notas sobre un aspecto menos conocido y apenas destacado en el ámbito académico. Reconocido como maestro de historiadores, fue al mismo tiempo, también para muchos, un maestro de profesores. Su permanente preocupación por la renovación de la enseñanza de la Historia y su sentido del compromiso con esta tarea tenía que ver con las primeras ideas que influyeron en su forma de entender la historia. Pierre Vilar, uno de sus maestros, le dio, ya en 1957, algunas pautas sobre el valor de la historia que enseña a “pensar históricamente”. También en la temprana lectura de Gramsci encontró otra parte del hilo conductor de su concepción de la historia “nuestra disciplina se refiere a los hombres... a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre sí en sociedad y trabajan, luchan y se mejoran a sí mismos”.

El contenido profundo de estas ideas explica el interés de Fontana por la renovación de la enseñanza de la historia y por el tipo de historia que podíamos enseñar. La responsabilidad del historiador y del profesor de historia lleva a su compromiso con su función social y como él señalaba “debemos de tratar de estimular a pensar históricamente para entender mejor los problemas de su tiempo y su entorno... investigar es importante pero comunicar lo es igualmente o más”. Ese es un compromiso que para el profesor Fontana era “una forma de estar en el mundo y luchar con las armas de mi oficio contra todas aquellas cosas que impiden que se realice una sociedad donde exista la mayor igualdad posible dentro de la mayor libertad posible”. Estas ideas formaron un corpus de pensamiento que Fontana no solo aplicó a su propia práctica

docente sino que trató siempre de difundirlas en el ámbito donde se iniciaba la formación de la conciencia ciudadana, en la enseñanza media.

Y pronto, a comienzos de los años setenta, proporcionó a los jóvenes profesores un libro que sirvió de guía programática para el futuro de algunas generaciones de profesores. La Historia, hoy apenas cuenta entre la bibliografía del historiador catalán, aunque su importancia ha sido resaltada por historiadores como José Luis Martín, Carlos Martínez Shaw o quien estas palabras escribe. Aquel volumen nos ofrecía una sistematización del desarrollo histórico muy alejada de los caminos tradicionales que entonces predominaban en España y que asumirlas era también asumir unas propuestas historiográficas subversivas como algunos comprobamos en diferentes momentos. Fontana introducía conceptos como división social del trabajo, estratificación y conciencia social, geopolítica, modos de producción y otros que coherentemente transitaban por las 143 páginas del libro amparados en oportunas referencias a Marx y Engels; Gramsci; E.P. Thompson, Pierre Vilar; W. Kula, E. Labrousse, L. Febvre, M. Bloch, J. Bernal o Gordon Childe. El libro se iniciaba con una entrevista a E. H. Carr, en la que ponía en boca del historiador británico respuestas sobre el materialismo histórico y otros temas y ponía punto final al volumen con un vocabulario y una selección de lecturas recomendadas.

El libro y los artículos que le siguieron o el posterior Historia. Análisis del pasado y proyecto social, fueron faros que iluminaron la renovación de la enseñanza de la historia, que

se plasmaría en los colectivos que entorno a ideas como las desgranadas por Fontana fueron emergiendo en toda España durante las décadas de los setenta y ochenta. No podemos mencionarlos todos pero grupos como Germanías; 13-16 o Cronos entre otros que incorporamos aquellas propuestas historiográficas en nuestro trabajo didáctico, tenían parte de su origen en aquel primer libro sobre la historia.

Durante los últimos cincuenta años, la preocupación de Fontana por la enseñanza de la historia fue constante y siempre en contacto con los profesores. Lo mismo participaba en jornadas de renovación pedagógica en Cataluña, el País Valenciano, Extremadura o Galicia, que contribuía con artículos en la prensa diaria, en revistas como Cuadernos de Pedagogía o allí donde se requería su presencia y sus reflexiones. Se había convertido, casi sin saberlo, en una referencia para varias generaciones de profesores y nunca dejó de atender una llamada de este sector. El mismo, como director del Institut Jaume Vicens Vives, promovió un seminario de historia para profesores de enseñanza secundaria donde impartiría conferencias y charlas mientras la salud se lo permitió.

Josep Fontana siempre defendió la importancia de nuestra disciplina dentro del sistema educativo por “su capacidad para formar una conciencia crítica y por aportar herramientas para construir el futuro”. Al final de su vida, después de sesenta años dedicados a la historia, el trabajo como profesor y las actividades orientadas al profesorado de enseñanza media, eran una de las tareas que más satisfacciones le habían proporcionado, y así lo reconocía en una última entrevista

“me siento orgulloso de haber sembrado una idea, de haber estimulado a alguien a pensar por su cuenta, que es lo que explica que esta idea siga viva en la actualidad. Eso debe ser lo mejor que me ha pasado en este terreno...”<sup>1</sup>. ■

---

<sup>1</sup> Josep Fontana i Lázaro, *Entrevista, introducción y notas, José Gómez Alén en Nuestra Historia, n° 3, 2017, Fundación de Investigaciones Marxistas.*

JOSEP FONTANA

EL FUTURO ES  
UN PAÍS EXTRAÑO


UNA REFLEXIÓN SOBRE LA CRISIS SOCIAL  
DE COMIENZOS DEL SIGLO XXI





# El buen maestro: Josep Fontana

**Angelina Puig i Valls.** Doctora en Historia, alumna de Josep Fontana. En febrero de 1991 leyó la tesis doctoral, *De Pedro Martínez a Sabadell: la inmigración una realidad no exclusivamente económica (1920-1975)*



Me piden que escriba un artículo sobre Josep Fontana sencillamente porque tuve la suerte de tenerlo como director de tesis (*De Pedro Martínez a Sabadell: la inmigración una realidad no exclusivamente económica. 1920-1976*).

A pesar de que en el momento de su deceso se evidenciaron intentos de menospreciar o mejor ignorar a Fontana, es evidente que su prestigio está fuera de duda; por lo que me pregunto, qué puedo aportar que no haya sido ya dicho o escrito.

Sobre su inmensa obra otras personas han tenido y tienen la posibilidad de hablar, de analizarla, de valorarla, de impulsar su conocimiento. Por lo tanto, es cierto que lo que yo puedo decir, lo es en función de haber sido mi director de una tesis de elaboración prolongada, y profesor en varias asignaturas a lo largo de la carrera.

La faceta que más me ha influenciado e impresionado, que me sorprendió en un primer momento, fue la manera exhaustiva y rigurosa como se preparaba todas las clases. La exigencia de calidad para cada lección. Era igual que fuera una asignatura que impartiera desde hacía años. Donde otros se presentarían

sin aportar nada nuevo, haciendo una pura repetición, él, por dignidad profesional y por respeto al alumnado, traía las lecciones preparadas como para hacer la conferencia más importante ante el público más selecto. Lo he recordado y, modestamente, lo he tenido siempre en cuenta al preparar cualquier intervención que haya tenido que hacer en mi vida profesional y/o como historiadora.

De Fontana se resalta siempre su capacidad inmensa de lectura, conocedor de todas las novedades, estudios y líneas de investigaciones de cualquier lugar, tan pronto eran publicadas. Su alumnado teníamos la inmensa suerte de ser partícipes de estos conocimientos, pues eran la base de muchas de sus clases. Siempre podíamos saber, gracias a sus afanes, la última línea de investigación, las últimas interpretaciones históricas de los diferentes eventos. Aquella sensación, casi abrumadora, de que lo había leído todo.


Y no sólo nos descubría toda la bibliografía (a menudo traducida del original gracias a su participación en la edición) sino que más de una vez pudimos conocer los mismos historiadores que invitados por él, visitaron Barcelona y la facultad. Y así, nosotros, aprendices de historiadores e historiadoras, sentimos

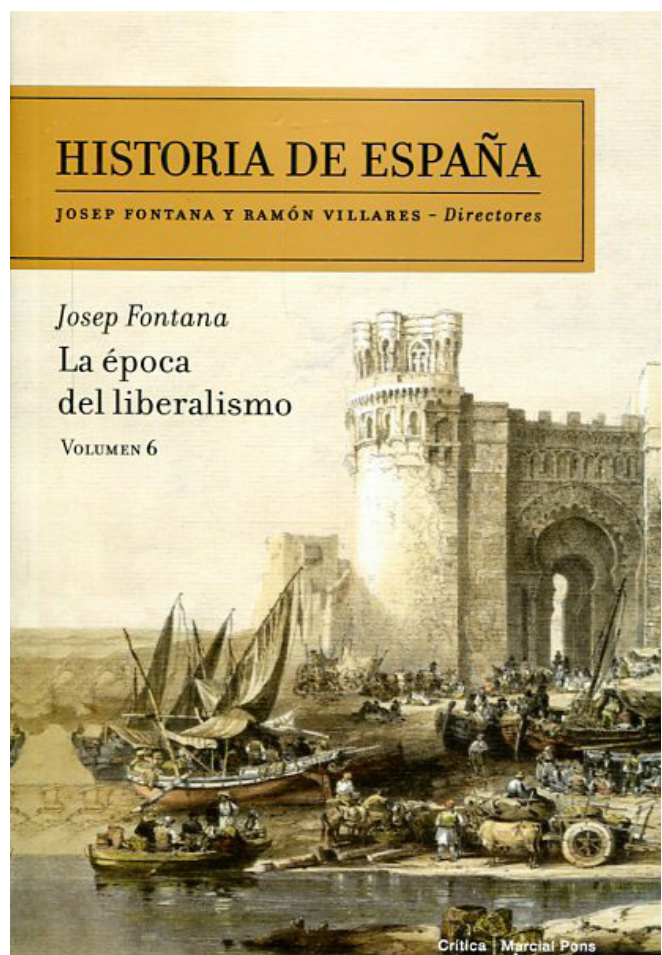
y vimos otros grandes maestros, como Pierre Vilar, Ronald Freser, Manuel Moreno Fraginals y Edward Thompson.

Alto y claro: Un profesor excelente. El buen maestro, que no obstante defendía la necesidad del “trabajo en un oficio en el que siempre somos aprendices y nunca llegamos a maestros (p. 16. El oficio de historiador)”. Así, me había dicho, que mi tesis le había ayudado a comprender mejor el tiempo de la República y desprenderse de tópicos sobre la reforma agraria.

De él quería haber recogido, aunque fuese unas migajas, de este oficio de historiador. Al escribir, para saber transmitir bien y con concisión el resultado de las propias investigaciones. ¡Cuidado con los adjetivos!, me advertía. Pero, sobre todo, para seguirlo en el camino de desenmascarar a los que ostentan el poder en contra de los más débiles. En cualquier momento de la historia. Y a tener conciencia de que la historia no está predeterminada. Que todo podría haber sido diferente. Identificando los momentos en que se ha escogido un atajo sabiendo que había otras alternativas posibles. Y, por qué no se siguió “lo que habría sido mejor, en términos del beneficio colectivo, sino lo que parecía convenir, a corto plazo, a los que tenían la capacidad de persuasión o la fuerza represiva necesarias para decidir” (P.39-40 El oficio de historiador).

En este corto texto he citado dos veces El oficio de historiador, donde se recogen las lecciones de un curso que impartió en 2009 en la Universidad de Girona. Lecciones excepcionales para cualquier persona amante de la historia, donde sobresale por su excelencia la última de ellas: ¿Para qué sirve un historiador? Me embarga una fuerte emoción y gratitud poder disponer de este legado.

Por último, también veo en él a la persona honesta que, desde la inmensa altura profesional, con humildad, se adapta a su tiempo para entenderlo mejor. Hace ya muchos años, yo era una investigadora novel y a la vez una joven feminista que, como tantas en aquella época, ensayábamos, sin modelos a seguir, la manera de romper con el lenguaje patriarcal que tiene al hombre como única medida y modelo universal. Una tarea difícil para intentar no convertir la lectura de un trabajo científico en demasiado pesado. Él, maestro, pero hombre de su tiempo al fin, bautizaba mis esfuerzos con un: ¡collonades (gilipollices)! Sin embargo, es cierto que su escritura incorpora, una forma de expresión que no deja lugar a dudas y que evidencia el papel de las mujeres y los hombres del periodo estudiado, porque son ellas y ellos quienes conforman la vida y, en consecuencia, la historia. 








# Un rojo incorregible, con una tendencia habitual a la impertinencia

**José Babiano.** Doctor en Historia Contemporánea y especialista en Historia del Trabajo y de la Emigración, dirige en la Fundación 1º de Mayo el Archivo de Historia del Trabajo y es coordinador técnico del Centro de Documentación de la Emigración Española (CDEE)



Josep Fontana nunca escribió sus memorias o una autobiografía. Sin embargo, en los años finales de su vida a menudo fue interpelado –bien mediante entrevistas o a través de artículos que le fueron requeridos<sup>1</sup>– sobre su trayectoria como historiador y su compromiso social. Ambos aspectos de su vida estuvieron muy entrelazados entre sí, en la medida en que se consideró un historiador marxista, un militante sin partido que pensaba que su trabajo profesional constituía el mejor modo de influir en la sociedad, aunque fuera modestamente.

Vayamos por partes. Cuando Fontana se refería a la historia marxista lo hacía de un modo muy amplio y abierto. Por ejemplo:

*Ser «un historiador marxista» consiste, en mi opinión, en participar en un amplio campo intelectual que va más allá de las codificaciones más o menos dogmáticas que forman lo que*

*1 Véase la extensa entrevista realizada por José GÓMEZ ALÉN en Nuestra Bandera, n° 237, septiembre 2017, pp 128-161, así como su propio artículo, Josep FONTANA: «La formación de un historiador marxista», Nuestra Historia, n° 5, 2018, pp. 11-13. Remitimos a ambos textos para lo dicho en esta nota.*

*algunos entienden por «marxismo», para seguir el método que Marx proponía en 1879, cuatro años antes de su muerte, de «observar el curso actual de los acontecimientos hasta que lleguen a su maduración antes de poder ‘consumirlos productivamente’»<sup>2</sup>.*

O también:

*Que yo sepa no hay ningún canon historiográfico establecido por Marx, sino una variedad de tendencias y corrientes (...). Si hablamos de Hobsbawm, de Thompson, de Renahit Guha, de Chris Wickham o de McCormick, hablamos de métodos y visiones distintos, pero que tienen en común la voluntad de aportar una mirada crítica al saber académico construido para legitimar el orden establecido y la conciencia del significado de las contradicciones de clase en la historia<sup>3</sup>.*

Como puede verse, se trata de indicaciones muy sumarias, que giran en torno a las clases y a la idea del antagonismo entre ellas. Indicaciones, al fin y al cabo, muy distantes de lo que pueda constituir una ortodoxia.

---

*2 Josep FONTANA: «La formación de un historiador...», p. 11.*

*3 Entrevista..., p. 153.*


Como historiador, Fontana abordó tres grandes temas de investigación a través de innumerables libros y artículos académicos. Por un lado estudió la crisis del Antiguo Régimen y la aparición del Liberalismo en España, con títulos como *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820)* o *La crisis del Antiguo Régimen*. La transición del feudalismo al capitalismo fue, de este modo, una esfera de interés compartida con los historiadores marxistas británicos –véanse los casos de Rodney Hilton o Christopher Hill-, con quienes tuvo una estrecha conexión a partir de una estancia como profesor visitante en Liverpool en la segunda mitad de los años cincuenta.

Su segundo ámbito de investigación no fue otro que el siglo XX, con libros como *Por el bien del imperio*. Una historia del mundo desde 1945 o *El siglo de la revolución*. Una historia del mundo desde 1914. Probablemente sea la temática más conocida por el público en el siglo XXI, si nos atenemos al número de ediciones de ambos títulos. Por último, Fontana se interesó por la reflexión metodológica y teórica. En este ámbito escribió *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, así como su *Introducción al estudio de la historia y La Historia de los hombres*.

Pero más allá de sus estudios, Fontana estuvo profesionalmente preocupado por dos cuestiones. En primer lugar, por hacer que el conocimiento histórico rebasara los límites de los círculos académicos, llegando así a sectores amplios de la ciudadanía. Se trataba de que ésta lograra “pensar históricamente”. Pensar históricamente nos permite afrontar el presente colectivo inspirándonos en dilemas del pasado que planteaban

cuestiones análogas a las que hoy se suscitan. Con ello Fontana iba un paso más allá de la mera pedagogía o de la didáctica de la Historia; es decir, mostraba su faceta como historiador crítico y militante.

Por último a Fontana le debemos una gran labor de difusión en castellano de la historiografía marxista británica, principalmente a través de la editorial Crítica. En efecto, allí donde aparecieron las grandes obras de historiadores tan influyentes en la segunda mitad del siglo XX como E.P. Thompson y su *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, o Eric Hobsbawm, autor de dos volúmenes de ensayos sobre los trabajadores y el mundo del trabajo, además de una excepcional trilogía sobre la historia de la sociedad –europea, aclárese- del siglo XIX.

En cuanto a su condición militante, hay que recordar que ingresó en el PSUC en 1957, participando activamente en su comité de intelectuales, lo que le llevó a ser expulsado de la universidad franquista. Ya antes, Vicens Vives, uno de sus maestros, sabía de él que era un rojo incorregible, con una tendencia habitual a la impertinencia<sup>4</sup>. Veinte años después, justo en el momento de mayor efervescencia política y social abandonó el partido, pensando que éste abandonaba a su vez la lucha por los objetivos que le habían atraído al comunismo catalán. Independientemente de aquella adscripción orgánica y precisamente por ser rojo e impertinente le tuvimos siempre como aliado de la causa de los trabajadores y las trabajadoras ¡Brindemos por ello! 

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p.135.





**CCOO**

servicios a la ciudadanía